



EL PASAJE DE LOS PANORAMAS

EL FUNAMBULISTA

JEAN GENET

PRÓLOGO DE MIGUEL MOREY

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: junio de 2015

TÍTULO ORIGINAL: *Le Funambule*

© Éditions Gallimard, 2010

© del prólogo, Miguel Morey, 1979

© de la traducción, Regina López Muñoz, 2015

© Errata naturae editores, 2015

C/ Maestro Arbós 3, 3º, 310

28045 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-11-0

DEPÓSITO LEGAL: M-12406-2016

CÓDIGO BIC: FA

DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez y Juan Luis López Espada
para Inmedia (Cáceres)

IMAGEN DE PORTADA: Izis Bidermanas, Lagny, 1959.

(a pesar de numerosas gestiones, la editorial no ha localizado a los
herederos de este fotógrafo; queda a su disposición para satisfacer
los honorarios por el uso de la fotografía)

MAQUETACIÓN: María O'Shea / A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

Índice

PRÓLOGO	9
EL FUNAMBULISTA	15
POSTFACIO	43

PRÓLOGO

Cuentan que Zaratustra, al cabo de su milenario exilio, regresó entre los hombres para comunicarles su renovada inocencia. Y cuentan también que cuando llegó a la ciudad más próxima, aprovechó que la multitud estaba reunida en la plaza, esperando la actuación de un volatinero, para mostrarles el espacio donde el hombre debía conquistar su señorío y su grandeza. El hombre es una cuerda tendida entre el animal y el superhombre: una cuerda sobre un abismo. Y cuentan que señaló con su índice el alambre.

Horizonte de tensa realidad, hasta el punto de que apenas nada en él es real, siendo tan sólo el filo de todos los espacios posibles: el alambre. ¿Cómo habitar un territorio así?

Y, sin embargo, ¿cómo no hacerlo? ¿Acaso le es posible al hombre ponerse en pie sobre otra cosa sino sobre el riesgo? Mil peligros y una promesa; mil

amenazas y apenas un estribo: frente a frente, los ejércitos del azar y el empeño de una aventura.

Cuando el volatinero recorre el alambre le asalta la imagen fantasmal de las infinitas posiciones que dentro de un segundo su cuerpo puede adoptar en el espacio. Sólo una es habitable, sin embargo.

Sólo una. Y aún ha de ver abrirse ante él un vértigo más cruel, si cabe, el de esos ojos que le miran: todo el abismo de lo demasiado humano.

No basta con sobrevivir: hay que salvarse, y no hay salvación sin arte. Deberá, pues, hacer de su caminar cauteloso un arte, y ejercitar precisamente ahí su pirueta: entre la muerte y las miradas, en el alambre.

Tal vez sea éste el secreto del volatinero: la muerte, el alambre y un cierto orgullo. O quizá mejor: su orgullo, el alambre y una cierta muerte.

Todos sus gestos revelan la fortaleza de una disposición moral: detener el instante en un segundo de perfección. Negarle a ese instante de absoluta presencia su obligado después de irrisión y torpeza.

La muerte no sólo es accidente, es también modelo. Y así, sobre el dorso afilado de la propia muerte, reincidirá día tras día en la persecución de ese instante que arde y se escapa. Has de estar muerto antes de subir al alambre, aconseja Genet al funambulista. Tiempos en los que es necesario morir para seguir